

Lee con atención os documentos que seguen, reflexiona sobre o seu contido e resposta argumentativamente as cuestións que propomos despois de cada un deles.

Docto. 1: “De las cervecerías al búnker” (*El País*, 26-IV-2015) artigo de J. Álvarez Junco (Catedrático de Historia na U. Complutense de Madrid).

“Qué personaje, este Adolf Hitler, de cuyo suicidio se cumplen ahora 70 años. Un número redondo, que no significa nada ni tendría por qué hacernos hablar de él. Pero cualquier pretexto es bueno para reflexionar sobre Hitler.

Y es así no porque su personalidad tuviera interés, porque fuera un “gran hombre”, bueno o malo, según gustos, pero dotado, en todo caso, de alguna cualidad extraordinaria. Solo creará que fue grande quien equipare grandeza con popularidad, impacto mediático, influencia sobre su época. Porque influyó, sin duda, sobre el curso de la historia mundial como pocos seres humanos lo han hecho en el tiempo en que vivieron. El siglo XX sería, sin duda, muy distinto de no haber nacido él.

Desde cualquier otro punto de vista, careció por completo de grandeza. Fue un tipo inculto, aunque él creyera, desde luego, saber mucho (otra prueba de su ignorancia). En el cenit de su poder, pensó que eran tan importantes las conversaciones mantenidas en sus almuerzos por él y su grupo cercano que instaló a unas taquígrafas para que tomaran notas y se conservaran así para la historia. Se publicaron, hace unas décadas; miles de páginas, de una pobreza difícil de imaginar, llenas de simplezas, en un tono siempre rotundo y dogmático.

Si de las ideas pasamos a los principios morales, sus móviles nunca fueron “nobles”, cualquiera que sea el significado que demos a esta palabra. Y si a las ideas y los principios añadimos su atractivo personal, no era un tipo sociable, nunca tuvo verdaderos amigos y su vida sentimental fue anodina; de él no se recuerda una anécdota interesante, una frase ingeniosa, pese a la inventiva que suele adornar estos anecdotarios de hombres célebres. Como pintor, su única profesión, fue mediocre; y cuando le tocó ser gestor se levantaba tarde, era vago y desorganizado, le aburría leer informes y eludía la toma de decisiones (o las tomaba de forma temeraria). Por no inventar, no inventó ni el antisemitismo. Fue un oportunista vulgar, un megalomaniaco vacío, un don nadie fanático y simplón, un charlatán desprovisto de cualquier idea de interés, un ambicioso cuyo único norte fue la conquista de un poder absoluto sobre sus semejantes.

Alguien me objetará que aportó novedades, aunque fueran perversas; que construyó y dirigió un régimen totalitario modélico, ideal para otros muchos dictadores; que enseñó a otros criminales políticos cinismo, brutalidad, manipulación de la prensa y la radio, justificación de los medios por el fin, crímenes contra la humanidad a gran escala. Pero en todos estos aspectos le había precedido Stalin. Y aquí me parece escuchar voces de protesta: cómo se me ocurre compararlos, este lo hizo por motivos idealistas, quería establecer una sociedad justa e igualitaria, aunque esto le llevara a cometer “excesos”. Dejemos ese tema para otro día. Lo indiscutible es que utilizó todos los medios imitados luego por Hitler para instalarse en el poder y que lo ejerció, como él, sin límites morales; y su modelo totalitario fue aún más perfecto que el nazi. Hitler, la verdad, tampoco inventó nada en ese terreno.

Alguna grandeza demoníaca se le podría atribuir. Nadie, quizás, ha encarnado el mal absoluto de forma tan pura. Fue la quintaesencia de la perversión, y por eso es útil como ejemplo para describir lo que debe evitarse a cualquier precio. Pero Hannah Arendt arguyó, con buenas razones, que los nazis ni siquiera tenían grandeza en este terreno, que incluso su maldad era “banal”, que cometieron los mayores crímenes sin plantearse siquiera los dilemas morales que se le ocurrirían a cualquier mente reflexiva.

Todo lo dicho, pensándolo bien, apenas tiene importancia y no responde a la pregunta de por qué escribir sobre él. La verdadera cuestión, la difícil de contestar, es cómo pudo un personaje tan mediocre alcanzar el poder absoluto sobre una sociedad tan culta, avanzada y moderna como la alemana. Cuál fue

su atractivo, ese es el misterio sobre el que se han escrito miles y miles de páginas. Porque Alemania no era un país cualquiera. Hay que recordar lo que significó para los españoles que estudiaron allí, empezando por Ortega y Gasset, o la elevación del nivel de las universidades estadounidenses gracias a los alemanes que se refugiaron allí, o la calidad de las vanguardias artísticas alemanas. ¿Cómo pudo una sociedad tan sofisticada, una de las cimas de la civilización moderna, hundirse en la barbarie, en la brutalidad, en el genocidio, siguiendo las pautas de este Adolf Hitler?.

Claro que la pregunta simplifica las cosas, pues no todo debe atribuírsele a él. Hubo colaboradores, fuerzas sociales que le apoyaron, estructuras de poder que se pusieron a su servicio. Pero él fue crucial, su personalidad fue clave en el asunto. Como resumió Ian Kershaw, Hitler no fue la “causa primordial” del “ataque nazi a las raíces de la civilización”, pero sí su “agente principal”.

Para entender su éxito, hay que referirse a las circunstancias en las que surgió: la amarga derrota alemana en la Gran Guerra, la inflación galopante de los años veinte y el paro masivo tras la crisis de 1929, los miedos que suscitaba en toda Europa la revolución bolchevique... Todo ello, en el tránsito de la sociedad del antiguo régimen al mundo moderno, con el desplome de las jerarquías tradicionales, el avance de la secularización, el paso de la política de élites a la de masas, de la sumisión de la mujer a la igualdad de géneros. Todo era novedoso, conflictivo, nunca visto. La sociedad, tal como se había conocido durante siglos, se hundía; y eso provocaba inseguridad y temores comprensibles.

En esa situación, Hitler —con una capacidad oratoria, esa sí, excepcional— supo levantar esperanzas. Identificó de manera nítida al culpable de todas aquellas crisis: los judíos, padres del capitalismo y del marxismo, los dos males de la modernidad. Y prometió, en tono apocalíptico, eliminar a aquel culpable. Con ello, aseguró, llegaría la redención, la superación de las divisiones, el reingreso en el paraíso, una nueva unión fraternal (de los elegidos, claro). Y aquella solución tan sencilla sedujo a muchos. Aunque sin mayoría absoluta, ganó elecciones —cosa que no hizo nunca Stalin—. A partir de ahí, unos colaboradores sin escrúpulos construyeron el andamiaje efectista que le rodeó de un halo carismático. Montaron un espectáculo grandioso, que compensaba la falta de participación política real. Y casi todos, incluidos muchos visitantes inteligentes, se dejaron impresionar por el resultado.

Hay quien explica el atractivo de Hitler a partir de la cultura alemana, del famoso *Sonderweg*, camino especial seguido por aquel país. En él contrastarían la modernidad en los aspectos económicos y técnicos con el atraso en la estructura política, basada en el paternalismo estatal heredado del “socialismo” conservador de Bismarck y dominada por los *Junkers*, élites de mentalidad muy tradicional, nacionalistas, militaristas y antisemitas, muy distintos a las aristocracias francesa o inglesa. El nazismo sería el producto de esa tradición y por tanto específicamente alemán. Pero, frente a esta visión, otros ven el fenómeno como una aberración atribuible a la situación de crisis económica, política y moral en la que surgió y creen que la aparición de aquel grupo de *hooligans*, dirigidos por un loco, interrumpió el acceso a la normalidad que iba siguiendo la historia alemana. El nazismo sería un caso de totalitarismo, como el soviético, típico del siglo XX europeo, no de la cultura alemana. Una cultura, hay que recordarlo, que produjo a Hitler pero produjo también a un Stefan Zweig, por mencionar solo un nombre, europeo lúcido si los ha habido, crítico y víctima del nazismo.

En conclusión, Hitler como persona importa poco. No evoco su muerte, desde luego, porque fuera, en ningún sentido, una pérdida para la humanidad. Lo que importa es preguntarse cómo pudo un tipo así seducir a tanta gente. Sobre eso es sobre lo que nunca deberíamos dejar de pensar. Como no deberíamos dejar de estar vigilantes, para que jamás se repita nada similar. En cuanto a él, como ser humano, ni siquiera el pistoletazo final, hace ahora 70 años, le otorgó la menor grandeza”.

Preguntas:

1ª. Cales foron as causas da expansión do nazismo na sociedade alemana dos anos vinte e trinta: que apoios sociais e económicos recibiron.

2ª. Que elementos conforman a ideoloxía nazi e como desenvolveron a súa propaganda.

Docto 2: G. Bordiugov (historiador e presidente da Asociación de investigadores da Sociedade rusa: AIRO-XXI), “La memoria de la Revolución de 1917” (*El País*, 6-XI-2017).

En la Unión Soviética cada décimo aniversario de la Revolución de 1917 se conjugaba con una gran meta. Tras el primer decenio se aprobó un plan quinquenal, que permitió realizar la modernización industrial prácticamente de un salto. En 1937, se organizó una purga masiva y se procedió a liquidar los elementos que alteraban la homogeneidad política y social, es decir, los obstáculos para formar una sociedad correcta.

El espacio de la memoria abandonado por los políticos abrió nuevas oportunidades para estudiar con calma la Revolución de 1917. Los medios académicos la examinan en el contexto de otras grandes revoluciones, como la francesa (1789-1799) o la china (1925-1949). Los viejos dogmas de la doctrina oficial estalinista sobre el partido de los bolcheviques son reemplazados por el estudio de las causas de la desintegración de la sociedad rusa o el papel de los militares. Octubre es la consecuencia directa de febrero y la crisis del absolutismo no está relacionada con el problema del zar, sino con el sistema de gobierno existente... Junto a enfoques ponderados, se enfrentan dos puntos de vista opuestos. Según el primero, Rusia se desarrollaba con éxito, pero la conspiración de las élites liberales truncó aquel progreso. A tenor del segundo, las élites desempeñaron un papel secundario y aprovecharon el estallido espontáneo de las masas.

Vladímir Putin se refiere ya a “la Revolución de 1917 en Rusia”. Esta fórmula permite solucionar problemas delicados, pues tanto los sucesos de febrero como los de octubre de 1917 cuentan con simpatizantes y críticos irreconciliables. La unión del derrocamiento de la autocracia con la toma del poder de los bolcheviques en un único proceso revolucionario debe allanar aparentemente el camino de su reconciliación con tres hipotéticos puntos de vista alternativos: el monárquico, el liberal y el rojo... Los políticos de Rusia Unida (el partido gobernante) tienen una actitud negativa hacia la Revolución, que presentan como una conspiración (liberales, masones, revolucionarios, alemanes, aliados, bolcheviques o marxistas en general) o como una suma de casualidades. Para el Partido Comunista, en cambio, la Revolución fue positiva e inició una nueva era.

AIRO XXI constata que tanto los medios científicos como la sociedad distinguen entre actores (los políticos) y dirigentes (líderes) de la Revolución. En el primer grupo figuran representantes de corrientes liberales y también socialistas moderados; en el segundo, izquierdistas (bolcheviques, anarquistas, miembros del partido Social-Revolucionario)... El interés por los Románov y por el espectro liberal ha disminuido y los analistas prefieren pasar enseguida a la disección de ejemplos más brillantes de líderes revolucionarios, como Trotski y Lenin, e ignorar las figuras del Gobierno provisional.

La Iglesia rusa va en contra de la línea de reconciliación nacional y menciona abiertamente a los culpables de la catástrofe revolucionaria, insinuando que esos culpables pueden de nuevo precipitar al país en el caos. El patriarca Kiril acusó a los intelectuales de hace cien años de haber provocado una “carnicería” y de cometer “terribles crímenes contra la fe, contra Dios, contra su pueblo” y “contra su país”.

Los debates plantean temas clave, tales como cuál fue la aportación de la Revolución a Rusia y al mundo y el precio de ese gran experimento social. Es inevitable comparar el proyecto soviético, que muchos políticos consideran un error de sus padres y abuelos.

Docto 3: M. ZGUSTOVA, “La victoria del arte sobre la revolución” (*El País*, 4-XI-2017).

En los años sesenta y setenta, en mi Praga natal, capital entonces de la Checoslovaquia comunista, los alumnos de primaria estábamos obligados a asistir a la conmemoración de la revolución rusa. Entre canciones revolucionarias cantadas por los coros de la juventud comunista, los maestros peroraban sobre la importancia mundial de esta revolución que según ellos aportó por primera vez en la historia la paz y la igualdad. Los niños escuchábamos estas palabras seductoras y las saboreábamos como si fueran caramelos de frambuesa. Cuando al llegar a casa contaba el discurso, mis padres replicaban que

la revolución rusa, si bien se hizo en nombre de la paz y la igualdad, cuando Lenin y los bolcheviques y luego Stalin se hicieron con el poder convirtieron el sueño de construir un mundo nuevo en un mecanismo totalitario que generó sufrimiento y muerte. Crecí entre dos puntos de vista y me tocó buscar mi (complejo) camino entre dos afirmaciones opuestas. Al final aprendí a funcionar encontrando mi (compleja) verdad.

Sabemos que, al implantar su nuevo régimen, Lenin estableció la Checa para que vigilara estrictamente a los ciudadanos, sabemos que Stalin envió a millones de personas al Gulag. También es un hecho, sin embargo, que Stalin convirtió su país en una potencia mundial y que ayudó a ganar la II Guerra Mundial. De ahí que amplios sectores de la sociedad y del poder rusos de nuestros días defiendan su legado.

Una de las muchas consecuencias trágicas de la revolución fue la aniquilación del mundo cultural ruso. La *intelligentsia* anhelaba una revolución desde hacía décadas. Dicho sea como ejemplo que al publicarse en 1872 *Los demonios*, novela sobre unos revolucionarios que no tenían miramientos con las vidas humanas, Rusia no supo valorar la clarividencia de Dostoievski. La *intelligentsia*, en su mayoría liberal, consideraba al grupo del terrorista Necháyev, en el que se había inspirado el escritor, como una trágica excepción entre los nobles sublevados y creía firmemente en el futuro revolucionario ruso... El teórico literario Roman Jakobson habló de “una generación que malogró a sus poetas”. Al poeta Gumiliov lo ejecutaron; Marina Tsvetáieva y Vladímir Nabokov se vieron obligados a marchar al exilio; a Anna Akhmátova se le prohibió publicar; Ósip Mandelstam murió en el Gulag, y Mayakovski y Esenin se suicidaron... Yevgueni Zamiátin escribió en 1922 *Nosotros*, novela que precedía a las grandes obras utópicas como *Un mundo feliz* o *1984*. Se trata de una metáfora del mundo opresivo e implacable que se estableció después de la revolución; por eso mientras duró la URSS, la censura no dejó que el libro se publicara íntegramente. A finales de los años veinte Zamiátin fue denunciado por haber publicado su novela en el extranjero; como consecuencia se le prohibió publicar... Gracias a la intervención de Gorki, bien visto por el régimen, a Zamiátin se le concedió el permiso para trasladarse temporalmente a París, donde murió incapaz de vivir fuera de su país.

En los años veinte y aun más en los treinta y en las décadas posteriores, el poder estatal persiguió a todos los escritores, pintores, cineastas y músicos que se negaron a seguir el modelo prescrito por el realismo socialista que consistía en relatar (o filmar, retratar, componer) una historia optimista sobre la construcción del comunismo. Aquellos que se negaron a poner su arte al servicio del régimen sufrieron las consecuencias: murieron en la cárcel o en el Gulag —los escritores Babel y Mandelstam—; atravesaron tempestuosas persecuciones —el escritor Bulgakov, los compositores Prokófiev y Shostakovich, el cineasta Eisenstein—; o acabaron suicidándose; Marina Tsvetáieva.

Hace décadas que a Occidente no le deslumbra la revolución rusa porque considera la violencia y la represión como inaceptables. Sin embargo, de aquellos días han quedado admirables obras de arte. Casi todas ellas nos hablan del individuo enfrentado a la maquinaria estatal que le pisotea y le aplasta; este tema se convirtió en uno de los centrales del siglo XX.

Preguntas:

3. Que consecuencias sociais e culturais tivo a instauración dun estado totalitario na URSS?
4. Compara as políticas de represión e terror aplicadas na Alemania nazi, na Italia fascista e na URSS de Stalin.
5. Compara as características, os obxectivos e as consecuencias do intervencionismo na economía dos tres estados totalitarios: a autarquía no contexto da recesión económica internacional dos anos trinta do século pasado.

6. Argumenta si Falanxe Española era un movemento fascista partindo da análise do contido destes dous documentos. Compárao coas características do fascismo italiano e do nazismo alemán que recolle o libro de texto e no contexto político que salientou o profesor na aula.

N.º 63



**FALANGES JUVENILES
DE FRANCO**
SERVICIO DE FORMACION

(CADETES)

CONSIGNA

**«Queremos que desaparezca el ocioso privilegiado que
se nutre del pequeño productor.» (José Antonio.)**

(Semana del 10 al 16 de Noviembre.)

Nada hay en este mundo tan despreciable, como esos seres, que por su cara bonita y sin que por su parte pongan esfuerzo alguno, se sientan invitados a todos los convites.

El hombre, por designio divino, ha nacido para el trabajo y nada que no sea ésto puede darle derecho a la vida. Ni la nobleza ni la riqueza pueden justificarse si no van acompañadas de un trabajo productivo, no importa de la índole que sea, pero que represente esfuerzo, quehacer, en definitiva algo que produzca ese sudor en la frente que Dios puso como condición al hombre para poder ganarse el pan de cada día.

Quien sin esfuerzo y sin trabajo vive, es que a alguien le está quitando lo que éste otro ganó con su sudor. Y generalmente, podemos asegurar, que no serán estos otros, ni nobles ni ricos, sino que serán los obreros, los pequeños productores, que al estar debajo son siempre el objeto de la desaprensión de los demás.

Si injusto es vivir sin trabajar, más aún lo es que se viva a costa de aquél que estrictamente gana para sostenerse.

En nuestra Revolución haremos que desaparezca ese tipo execrable, y lo haremos a costa de quien sea, que la justicia no debe entender de blasones ni riquezas.

¡ARRIBA ESPAÑA!



DIOS

que ha reservado para ESPAÑA un Destino providencial en el Universo, inspira, a través de los principios doctrinales de la Santa Sede Romana y de las Encíclicas de sus Papas, los fundamentos de la Educación Cristiana de la juventud española.

LA PATRIA

reserva a vuestros hijos un Puesto de Honor en el nobilísimo empeño de mantenerse fieles a su convicción católica. Ellos habrán de realizar la labor de reconstrucción espiritual y material, para la cual, vosotros, apenas hallásteis ocasión.

EL ESTADO

cuya "política ha encontrado la Verdad en la Luz de los Evangelios", no puede permitir a NADIE que intente "soqavar los fundamentos de la convivencia pública" ni puede consentir que haya espectadores de la tarea común que hemos de realizar en el Mundo.

EL CAUDILLO

VICTORIOSO, UNICO e INDISCUTIBLE cuya voz es "edificante eco de la palabra del Papa" quiere una juventud que asegure la continuidad de su esfuerzo y la perennidad de su Obra.

Para esto se ha constituido el

FRENTE DE JUVENTUDES

Docto 7: H. Arendt: As orixes do totalitarismo:

«O terror segue sendo utilizado polos réximes totalitarios incluso cando xa acadaron os seus obxectivos psicolóxicos: o seu verdadeiro horror estriba en que reina sobre unha poboación completamente sometida. Alí onde é levado á perfección o dominio do terror, como nos campos de concentración, a propaganda desaparece por completo; quedou incluso enteiramente prohibida na Alemaña nazi. A propaganda, noutras palabras, é un instrumento do totalitarismo, e posiblemente o máis importante, nas súas relacións co mundo non totalitario; o terror, ó contrario, constitúe a verdadeira esencia da súa forma de goberno».